

Es probable que Félix Teira (Belchite-Zaragoza, 1954) haya recordado al encabezar su obra el título de Turguéniev, *Padres e hijos*, y haya invertido a propósito el orden de los términos. En primer lugar, porque el tema común de las divergencias generacionales se desarrolla aquí situando en primer término a los hijos; en segundo, porque existe una diferencia abismal entre los problemas ideológicos y morales que distanciaban a los personajes de Turguéniev, como la aparición y la defensa de las doctrinas nihilistas, y el yermo mental de esta generación que muestra Teira, donde los valores esenciales son otros, como reflejan las palabras del Roda: "Necesito pelas porque es lo más, con la que está cayendo el que tiene pelas es Dios" (p. 131). *Hijos y padres* no es una novela amable, sino una visión descarnada y desoladora de un grupo de adolescentes que no encuentran su norte. Crecientemente desgajados de sus familias –algunas rotas o amputadas–, sacudidos por impulsos diversos, sólo brumosamente divisan en algunos casos su orientación futura: la fotografía y el cine para Arregui, el fútbol con que sueña Gemelo como forma de enriquecimiento rá-

Hijos y padres



ARCHIVO DEL AUTOR

FÉLIX TEIRA
El Funambullista. Madrid, 2013.
197 páginas. 15 euros

vido y fama, el dinero fácil para el Roda, que se ampara en el hecho de ser menor para llevar a cabo sus trapicheos delictivos, o las deshonestas actividades a que recurre la rumana Virila para subsistir y, en otra medida, la crueldad ambiental ejercida con distintas actitudes sobre personajes como la Sucia y Haoumar el Patera, componen un pano-

rama de incertidumbre y vacío que las relaciones familiares no logran compensar.

Este desarraigo tiene su origen en la escasa consistencia del núcleo familiar, muchos de cuyos componentes se encuentran lejos de la ejemplaridad. La infidelidad conyugal no es la única lacra; los padres revelan su codicia al hacerse cargo del abuelo con Parkinson y demencia senil cuando ven que puede ser también una fuente de ingresos. Aquí no hay alegatos contra una enseñanza insuficiente o poco estimulante, sino la denuncia de un sistema social y familiar degradado, en el que las fronteras entre el deber y la libertad, entre la honradez y el delito, se han convertido en líneas lábiles que dificultan la visión nítida de unas líneas de conducta necesarias.

Hijos y padres es, además, una novela sin protagonistas; un relato coral, compuesto por monólogos o relatos que van pasando de un personaje a otro y multiplicando los puntos de vista. La técnica narrativa es, pues, la adecuada a la concepción de la historia; su realización formal provoca, sin embargo, dificultades de lectura en las primeras páginas, porque el procedimiento de mezclar nombres y

apodos y de repetir varios en pocas líneas oscurece en muchos casos la identificación de los personajes, varios de los cuales son nombrados indistintamente de diversas maneras, y sólo avanzando muy detenidamente en la lectura –y volviendo alguna vez atrás, todo hay que decirlo– puede el lector hilvanar los hilos que le han quedado sueltos como consecuencia de la acumulación de denominaciones en un discurso que, sin perder su carácter coral y la riqueza de informaciones que precisan el perfil de los perso-

Visión descarnada y desoladora de un grupo de adolescentes que no encuentran su norte. Literatura de testimonio. Teira es un buen narrador

najes, podía haber ofrecido mayor nitidez. Por lo demás, Teira es un buen narrador, para el que la literatura no es un simple juego, sino un testimonio –por eso habla siempre de cuestiones cercanas–, y un prosista con escasísimas fisuras, del que siempre cabe esperar historias y enfoques en que nada pueda sernos ajeno. **RICARDO SENABRE**

El informe Müller

ANTONIO MANZANERA
Umbriel. Barcelona, 2013. 352 páginas, 17 euros

Trevor-Roper tiene 41 años, da clases de Historia en Oxford y es medianamente conocido en todo el mundo por ser el autor de *Los últimos días de Hitler*, un exhaustivo

ensayo basado en entrevistas con los supervivientes del búnker en el que Hitler acabó con su vida. El ensayo en cuestión había sido en realidad idea de Dick White, responsable del servicio secreto británico, que le había encomendado la misión de aclarar la muerte de Hitler. Es precisamente White quien acude, casi una década más tarde, al despacho de Trevor-Roper para encargarle otra misión: aclarar la muerte del que fuera director de la Gestapo, Heinrich Müller, poco después de que éste revele que Hitler no murió en el búnker, sino que logró es-

capar. De ahí que Trevor-Roper sea la persona indicada para acompañar al agente que la CIA ha enviado y, de paso, mejorar la relación que existe entre ésta y el MI6, pues ambos servicios secretos desconfían el uno del otro y están convencidos de haberse convertido en un nido de agentes dobles.

Con un punto de partida decididamente atractivo (esto es, con el reputado y algo desorientado profesor de Oxford convertido en improvisado Doctor Watson de un espía norteamericano que no está a la altura de Sherlock Holmes), Antonio Manzanera